

CONFERENCIA

Eduardo Gasca: Entre clásicos

Celso Medina
 Universidad Pedagógica
 Experimental Libertador
 Cilla
 medinacelso@gmail.com

Eduardo Gasca¹ es un hombre amante de los clásicos. Lo dice Dalmiro Durán cuando presenta “Reflejos”, un cuento suyo inserto en *De antología*, que es una colección de relatos, publicada por la UDO en 1982. Y en efecto, son pocos los clásicos de la literatura o de otras artes (pintura, música, cine, etc.) que nuestro homenajeadó no conozca. Su saber va desde los griegos, los renacentistas, pasa por la literatura europea contemporánea, y sobre todo se interesa en los escritores norteamericanos, en especial los que constituyen la famosa trilogía integrada por Hemingway, Faulkner y Dos Passos, a quienes no solo ha leído profusa e intensamente, sino que los ha sabido absorber para escribir sus cuentos, su poesía, ensayos y su inconclusa novela.

Pero a la par de esos clásicos, resalta Durán, Eduardo Gasca puede hacer una historia densa y profunda de los grandes clásicos que se han dado en los hipódromos venezolanos. En su biblioteca coexistieron por mucho tiempo *La Iliada* y *La Gaceta Hípica*; y Cañonero (el famoso caballo) y Gustavo Ávila (el jinete) convivían plácidamente con Aquiles y Homero o con Joyce y Leopold Bloom.

Ese trazo de lo épico a lo hípico; o de lo hípico a lo épico, es una clave esencial para definir el talante de este hombre como un postmoderno: no cree en los absolutismos, le gusta entreverar el arte llamado “culto” con el llamado arte “bajo”, practica el pastiche literario, además de refugiarse en una especie de timidez cínica.

Pero, ¿quién es este hombre del que hoy hablamos? Es el único hijo venezolano de una pequeñísima familia catalana, compuesta por padre, madre y dos hermanos, que vino a Venezuela antes de que se produjera en España la Guerra Civil. Un cuasi español catalán que sentía poco entusiasmo por el lar nativo de sus padres. Que solo ha estado en España en dos oportunidades: cuando tenía apenas ocho años, y a los dieciocho, cuando el gobierno de Pérez Jiménez lo exiló para castigarlo por sus incursiones políticas. Confiesa Gasca que esta última estancia tuvo como saldo la primera novia; nada más. Eso de los españolismos y del catalanismo en nada lo entusiasmó. Ni siquiera intentó ir al Camp Nou a ver al Futbol Club Barcelona jugar, desdeñando un abonado que tenía un tío suyo. Ni tampoco se preocupó por conocer la famosa Sagrada Familia de Gaudí.

España entraría a nuestro personaje de la mano de la literatura y de la historia, en especial aquella que contaba la épica de la Guerra Civil Española. Un autor le ayudó a ese adentramiento: Jorge Semprún, con sus portentosas novelas *Autobiografía de Federico Sánchez* y *La Segunda Muerte de Ramón Mercader*. Suele decir nuestro homenajeadó que la literatura española le enseñó más sobre España que su propia biografía.

Caída la dictadura, regresa a Caracas, donde luego concluye su bachillerato, para posteriormente ingresar a la Escuela de Letras de la UCV, de la que una vez graduado formó parte del profesorado y vivió el famoso proceso de renovación universitaria. Luego vendría a la Universidad de Oriente, a su Núcleo de Sucre, cuyas edificaciones quedan exactamente frente al mar, muy cerca de donde su personaje del cuento “Cuadros con cuatro” conoció a Catalina del Moral Moradell. Nosotros lo conocimos en la UDO, entrando al aula con su peculiar manera de portar los libros y libretas, con su barba aún negra y su mano zurda que encendía un cigarrillo para vencer la timidez del arranque de sus clases de Literatura Contemporánea, a la que asistíamos gozosos, sobre todo nosotros que habíamos recorrido varias carreras de la UDO esperando que se nos abriera nuestra súper anhelada especialidad de Castellano y Literatura. Ese curso que era una simple asignatura electiva de dos créditos, nos mantenía vivo en el terco afán de esperar para estudiar definitivamente literatura, ocasión que llegó el año 1980.

¹ Conferencia leída en el homonaje realizado a Eduardo Gasca, en el marco de la IV Bial de Literatura “Gustavo Pereira”, celebrado el mes de octubre en el Museo “Francisco Narváez”, de Porlmar, en octubre de 2017.

En 1969 Eduardo Gasca publica un libro de ensayo sobre un escritor poco conocido en Venezuela. Se trata de John Updike: Literatura de la tierra baldía, editado por la Universidad Central de Venezuela, de la que ya era Gasca profesor. También bajo el sello editorial Ramón Collar se da a conocer *Relatos del camino largo*, contentivos de tres cuentos que tematizan el asunto de la guerrilla sesentista venezolana. En 1971 gana el primer premio (compartido) en el XII Concurso de Poesía de la Universidad del Zulia con el libro Canción de Morgan el Sanguinario. En 1981 El Fondo Editorial Carlos Aponte, en Cumaná, dirigido por Álvaro Carrera, publica *Poemas y otras parodias*, que recoge el citado libro del premio literario más unos poemas nuevos que aluden a Cumaná y a la selva venezolana. En 1993 el Centro de Actividades Literarias “José Antonio Ramos Sucre”, también de Cumaná, da a conocer *Ave del paraíso y otras caídas*, que son cuentos nuevos. El año 2004 la Asociación de Escritores del Estado Nueva Esparta publica el libro que recoge los tres relatos del primer libro de cuentos de Gasca y agrega los cuentos editados por la “Ramos Sucre”, añadiéndole a la sección de “Relatos del Camino largo” el cuento “Espejos”, escrito en los setenta, que había aparecido en *De Antología*. El mismo libro será reeditado por Monte Ávila en 2010. Esta es toda la creación narrativa que se conoce de nuestro autor. A eso habría que agregar once capítulos de una novela inconclusa, titulada *Espérame en el cielo*, que Gasca confiesa “se le ha ido de las manos”, razón por la cual desistió de concluirla.

La poesía editada de Eduardo Gasca se reduce a su libro *Poemas y otras parodias*. Pero con la curaduría de Ingrid Chicote, existe una edición, hasta ahora inédita, denominada *Todos los versos de Eduardo Gasca*, en la que se junta el citado libro más otros poemas inéditos. Cuenta con textos introductorios de Gustavo Pereira y Judith Gerendas.

Al lado de su obra creativa, la carrera literaria de Eduardo Gasca agrega numerosos artículos sobre literatura, muchas de ellos asumidos desde la hermenéutica comparativista, corriente crítica de la que es un importante exponente en el mundo académico universitario venezolano. Y también ejerce la traducción de la literatura, de la filosofía y de las ciencias sociales. Sus traducciones más destacadas fueron las que dieron a conocer al mundo hispano hablante la obra de Isván Mezzaros, recientemente fallecido. Recordamos que nuestras clases de Literatura Contemporánea se nutrieron de muchas traducciones hechas exclusivamente para consumo de nuestra cátedra. En la web circula su traducción del también clásico libro *Antología de Spoon River*, del poeta norteamericano Edgar Lee Master.

Como vemos, no es muy extensa la obra literaria de Eduardo Gasca. Logró la atención de Orlando Araujo en su libro *Narrativa Venezolana Contemporánea* (1972), quien dice a propósito de *Relatos del camino largo*, que son “relatos cortos con una secuencia temática de clara intención del combate heroico (p. 272)”. Araujo subraya que “Un viejo soldado” es “el verdadero cuento” de ese libro. Esa visión reduce la narrativa de Eduardo Gasca a una épica heroica, y adolece de la falta de suspicacia para captar el juego cínico de sus ironías, que no solo encontramos en sus relatos; también sus poemas se explayan en el uso de esos mismos recursos.

En su primer libro de cuentos y en el ensayo sobre Updike se pudiera comenzar a configurar la poética de Eduardo Gasca. Esos cuentos develan una estética que, contrariamente a lo que afirma Araujo, perfilan una decisiva estética anti épica, en la que las grandes tareas heroicas están entreveradas con acciones bufas. Los guerrilleros “disfrazados” para secuestrar a un banquero, el asalto al museo de ciencias, la muerte casi rambótica de un guerrillero y un viejo reducido a su condición de abuelo-caballo para la diversión de los niños, tejen un madeja de ironías, que se adornan de un cúmulo de alusiones míticas que configuran una escritura “pastichera”, que va a solicitar del lector un esfuerzo especial para entreleer una risa entre cínica y trágica.

En lo que respecta al texto sobre Updike, Gasca deja claro para qué quiere recurrir al mito. Ese Harry (el personaje de la novela de Updike) clase media, que vive compulsivamente “huyendo hacia adelante”, es el conejo existencial moderno, que ha aprendido a vivir con un dios minúsculo, que lo ha abandonado, dejándolo íngrimo y solo con los fantasmas de su propia existencia. En ese sentido, el mito no es una cosa del pasado, sino una vivencia plena, con la que el hombre vive topándose. Por ello puede encarnar en cualquier gesto y acción del ser contemporáneo.

El arte postmoderno es descaradamente pastichero, pero no inventó el pastiche. Lo patentizó ciertamente un escritor de clara vocación moderna: Marcel Proust, a quien le dio por escribir imitando a sus contemporáneos, a los cuales no queda claro si homenajea o escarnece. Y es precisamente lo que se percibe cuando uno lee un cuento o un poema de Eduardo Gasca.

Con el riesgo de ser absolutista, calificaría la literatura producida por Eduardo Gasca como inserta en lo que el filósofo Peter Sloterdijk llama la razón cínica. Las encrucijadas del saber moderno son la científicidad y la fe. Pues para el filósofo alemán:

Dado que todo se hizo problemático, también todo, de alguna manera, da lo mismo. Y éste es el rastro que hay que seguir. Pues conduce allí donde se puede hablar de cinismo y «de razón cínica”.

Sin fe y sin ciencia, solo queda el juego y la ambigüedad. La literatura más que aleccionar se postula como un juego verbal, y el cuento, la novela y el poema se convierten en juegos muy serios, porque la literatura es el universo de lo otro y de los otros, portadora de sentidos que no tiene significaciones cerradas. La literatura se torna cínica por razones de sobrevivencia. Debe rehacerse para no perecer. Por ello tal vez, como dice Sloterdijk, habría que ir en búsqueda de Diógenes, aquel Hombre-Perro que en el mundo griego reía con desparpajo, para poner en evidencia las realidades que se escondían en el velo de una metafísica encubridora.

Gasca escribe gracias a que lee. Es un escritor lector y un lector escritor. Pero su literatura no es la obra de un diletante. La vida contamina esas lecturas, que acuden a sus textos como disparadores que ilustran el vivir contemporáneo.

En su poesía y en su narrativa, Eduardo Gasca se preocupa por construir personajes. Su oficio de escritor se trueca en ventrilocuismo, pues su principal fingimiento es hacer como que no habla en sus textos. Y son los personajes los que protagonizan la vida y el habla. Y eso tiene que ver con su razón cínica desconfía de la fe y de las teleologías de las ciencias.

Diremos primeramente que Gasca no escribe poemas, sino poemarios. Muchos de ellos están sustentados en máscaras de personajes, que prestan sus voces para que las imágenes circulen.

Si revisamos el libro curado por Ingrid Chicote (*Todos los versos de Eduardo Gasca*), podríamos hablar de seis pequeños poemarios, hilados por imágenes recurrentes. Los versos tienen una estructura cifrada, enigmática, portadora de climas. En estos poemas la gramática se trueca en arquitectura. Todo significa: el ritmo, el espacio en blanco, las minúsculas. Etc. El poema se escribe para ser oído y leído, y será necesario calibrar su resonancia, porque el autor es vallejiano en aquello de crear ecos múltiples en las palabras.

En su afán del juego intertextual, los poemarios se hacen acompañar de epígrafes. “La canción de Morgan el sanguinario” va precedido de una cita que alude a Babel. El primero de estos ocho poemas que componen el poemario, se titula “Brindis de Morgan”, y trabaja con la imagen de la “copa de fuego”, que rememora al sanguinario pirata que asoló la Maracaibo de la conquista. Los versos en una estructura cifrada, con espacios en blancos de resonancias describe la entrada del barco cruel. El apóstrofe pudiera dirigirse a un personaje desconocido, tal vez al lector que se imagina la irrupción del mal frente a él. El poema “El ajedrez”, incorpora el azar, y complejiza la estrategia de una vida donde juegan más de un ser. En “Asedio a la ciudad” el poema hace entrar sutilmente la historia al propiciar la confusión entre el alfil y el alfingier conquistador de Maracaibo. Pero “Envite y azar” intercala un elemento distanciador de las máscaras históricas que ha venido poblando el poemario. Ya no se ve al pirata que asedia y asola la ciudad. Se trata de un shortstop, que espera un rolling para hacer el out cumbre del juego. El asedio al gesto del bateador, para adivinar por donde vendrá la pelota, es un obvio anacronismo, que rescata la idea del símbolo que Gasca ha teorizado en su libro sobre John Updike. Anacronía que se acentuará en el octavo texto de este poemario “interrogatorio y tortura del rehén”, donde se incluye un episodio histórico en Vietnam, con resonancias en la guerrilla venezolana, que muy bien explica Judith Gerendas en su introducción a los poemas de Eduardo Gasca.

“Ir donde no llaman” es el segundo poemario de Gasca. Tiene una única topografía, el de la selva amazónica venezolana. Es quizás los poemas que más revelan el asombro y el gusto por las ambigüedades. Trabaja con los problemas complejos de la otredad, lo que lo lleva a tropezar con paradojas: Ir donde no llaman, es ir donde no se nos llama, pero queremos ir; pero ir es riesgoso, porque cualquier daño daría como resultado asumir la paradoja del ser

no responsables, no culpables,
tampoco inocentes

Nos atrae la idea de Judith Gerendas de que estos poemas son una contrarréplica a la imagen del conquistador- cazador. El poeta no iría a buscar el oro del Dorado, su afán es cazar conocimientos, procurar entrar en una lógica muy distinta a la razón racional. Los poemas darán cuenta de los pies que desgarran tierras sagradas, en ríos inmensos, con ecos de diversas voces que hacen penosa la aventura de ese conocer.

“Vivo en la ciudad” tiene como escena el mar y el movimiento. Parece dar constancia de la vida del autor en la ciudad de Cumaná, que con su golfo, su ríos y sus castillos traman una topología sensual que alude la vida de un hombre arrojado a una ciudad, donde el presente está saturado de historicidad, donde hombres intrahistórico degustan la existencia. En el poema “La ciudad de noche”, leemos:

hay una luz en el bar y voces
y se bebe

“Las Cuatro Odas” según confiesa el autor son un homenaje a T.S Eliot y a su *Cuatro Cuartetos*. Son de alguna manera una deuda pagada al tópico del compromiso y del panfleto. Los poemas no son panfletarios, pero juegan con la consigna y con el cliché. Solo que gracias al ejercicio poético, Gasca los despoja de los absolutismos, insuflándole la fuerza de su ironía cínica.

“Tres cuadros” son poemas que no esconden su vocación pastichera. Quieren casar la idea de lo clásico con el arte de lo bajo. Son cuadros con palabras, que aman al sustantivo desnudo, que pintan la naturaleza muerta de los objetos para insuflarle vida. He aquí la comprobación de lo que decimos:

el olor a kerosén y aquel otro olor
permanecen
el lavamanos blanco como un locutorio
el jabón azul como una navaja
la cobija de motas rosada como un rosario
y el olor aquel
permanecen (“Aquellas muchachas de entonces, ¿qué se hicieron?”)

Y para dar testimonio de la vocación pastichera, leamos íntegro el poema que cierra esta sesión de la poesía de Eduardo Gasca:

Por quién lloran las palomas

Quando veas llorar una paloma no preguntes
por quién: está llorando por ti ...

Hay un lado de adentro y hay un lado de afuera, y así pasa con todo. Para la libertad y para el pecado. Y para la vida, por supuesto. El dilema no es tanto de qué lado de la reja quedamos, sino con cuál pie dar el paso.

La última sesión (¿poemario?) de Todos los versos de Eduardo Gasca se denomina “En el aire”, formado por dos poemas. El primero “Autobús a Nicaragua” está tramado de palabras crudamente ambiguas. El poeta tuvo la oportunidad de vivir una revolución (en Nicaragua. Experimentar directamente ese proceso resultó una tarea muy compleja. “Tomar” el autobús de la revolución; sentirse cómodo en ella, es la ilusión del antiguo agitador, ex preso y exiliado político. Ahora en el sitio de los acontecimientos dice al inicio de su poema:

era un ir de palabras a las cosas
la voz perdiendo el autobús
la voz perdiendo el tiempo esperando
en un terminal de términos varados

Algo de angustia late en estos dobles sentidos.

Eduardo Gasca sueña aún con la utopía, a pesar de que su escritura se teje de ironías que dan cuenta de una filosofía profundamente cínica. Este poema sobre Nicaragua pareciera un testimonio que quizás lo obliga a persistir en su interpelar a la fe y a las ciencias reductoras de la modernidad. En ese poema se imita a Darío, se alude al “azul” de la ilusión, pero no hay más refugio que la ambigüedad, pues uno sospecha que nuestras revoluciones son más consiñeras que poéticas.

Los narradores de *Relatos del camino largo*, el primer libro de cuentos de Gasca, son dubitativos. Son ellos mismos protagonistas de su perfo-mancia. No narran lo que sucedió, sino lo que está ocurriendo en el mismo momento en que se narran. Por ello el miedo, el desconuelo tiñen el orden discursivo. En el cuento “La nueva elegía”, el lector casi tropieza con las balas que llueven en el techo donde una especie de “rambo” se enfrenta a la policía. Es tan escénica la acción, que hasta las luces de las metralletas hacen de luminitos. El tiempo se hace proteico, pues cambia en la medida que discurre la desazón del espectador.

El cuento “Un viejo soldado” se hace acompañar de la canción norteamericana (old soldiers never die), para terminar contradiciéndose, pues, en verdad, sí muere el viejo soldado, y su tragedia es que no lo mata la bala enemiga, sino el más cruel de los males anunciados ya por Baudelaire en sus *Flores del Mal*: el hastío. La anti épica se impone, el viejo guerrillero se convierte en caballito que divierte a los niños, se atraganta de los relatos frívolos de la televisión.

En el “El acecho” no es gratuito el epígrafe de Heminwgay. Más que un asalto a un banco, asistimos a su puesta en escena, con personajes sobreactuados, que portan disfraces. No sin descaro, la escena debe ser presentada como ficción; por eso el narrador destaca que “El sudor hace correr el maquillaje”.

“Espejos”, el último cuento de este libro, está hecho de gags, casi a lo Woody Allen. Ahora se asalta un museo de ciencias. De nuevo los disfraces. El juego con los espejos ahonda las ambigüedades de las perfo-mancias. El pasticheo es evidente. Voces de autores ajenos, remedos de películas de vaqueros, etc. van urdiendo una trama que personifica una parodia jamesbondiana, con su baño en la ducha incluida.

Comentado estos cuentos que construyen el primer libro de Eduardo Gasca, cabe preguntarse: ¿Dónde está esa heroicidad de la que nos habla Orlando Araujo? Diríamos que está camuflada en la parodia, transmutada en una teatralidad que ríe con cinismo. Diría con Oscar Wilde, a quien cita Sloterdijk, «No soy en absoluto cínico; sólo tengo experiencia...”.

Ave del paraíso y otras caídas, de 1993, es un libro de cuentos deslastrados del asunto de la guerrilla, pero continuador de la estética del pastiche. Por ahora detengámonos en tres de los siete cuentos que contiene ese volumen: “Cuadros con cuatro”, “Cuerpo a la vista” y “Ave del paraíso”.

El primer cuento es una ristra descarada de pastiches: el autor enfila grandes baterías de ironías y alusiones para contar una historia que en el fondo es muy sencilla: la obsesión de un esquizofrénico por una mujer. Y aquí de nuevo invoco a Dalmiro Durán: unos clásicos de la literatura y el arte universal se yuxtaponen a los clásicos hípicos. El concepto cuadro alude a los cuadros de caballos que se marcan con una “equis” en los sellados hípicos y a los cuadros de Boticelli (“El nacimiento de Venus”), del pintor prerrafaelista Burne-Jones (“El Rey cofetua y la mendiga”), Van Gogh (“La noche estrellada”) y Picasso (“Las señoritas de Avignon”), alusiones inteligentemente explicadas en el capítulo III de la tesis que Liliana Lara escribió en el pregrado de la mención Castellano y Literatura de la UDO. Quien no conozca estos clásicos de la pintura universal, no se eximirá del goce de este relato, pues su trama discurre para todos los oídos. Pero no fue escrito este cuento para lectores ingenuos. El pasticheo hace de este relato un eco de abismáticas referencias. No solo temáticas, puesto que los remedos hablan de un sin número de obras y autores que seguramente han leído el autor y el lector.

Leyendo este cuento, pudiéramos pedir ayuda a Jean-Paul Sartre, especialmente en el momento en que cuestiona la visión estética de Kant, para quien la belleza estética no tiene finalidad. Dice el filósofo francés: “La obra de arte no tiene finalidad; estamos en esto de acuerdo con Kant. Pero es en sí misma un fin”. Y “Cuadros con cuatro” es una pieza literaria, juguete verbal, como diría el propio autor, que tiene una finalidad en sí mismo. Para tal objetivo, el autor se hace ventrílocuo de un esquizofrénico, y hace circular la historia por su imaginación proteica. La realidad, poco importa. El mundo es una excrecencia verbal.

Los remedos a las obras clásicas (incluyendo las citadas pinturas) son infinitas y simultáneas. Es posible leer en este cuento a un Quijote apastichado; convertido en “caballero sellante”, con su bolígrafo trocado en espada, plácido en su locura, buscando su Catalina-Dulcinea. Las voces fractales que cuentan ofrecen un reporte proteico del mundo. Pero a la vez circula por este cuento Dante y su Virgilio buscando su Laura o un Mallarmé tirando sus dados, para procurar abolir el azar. Pero los remedos también apuntan hacia el kisch, hacia un juego con lo cursi, que trabaja con imágenes amelladas como aquella en donde el rey conquista a su amada gracias al “rocín de su mirada”. El campo de la verosimilitud está tan minado, que ni siquiera hay seguridad de un narrador confiable, pues este suele perder su yo y es secuestrado por el “él” objetivante. El lenguaje hípico se mezcla sin pudor con el lenguaje de las otras referencias clásicas. Hay un proteo entrometiéndose permanentemente: Catalina es ninfa, catalina es puta, catalina es noble, catalina es mendiga, en una abismática productividad metamórfica.

El “Cuerpo a la vista” reincide en el pasticheo. Ecos de Robbe-Grillet, el novelista del objetivismo tramposo, que quiere hacernos creer que la realidad no necesita narradores y por eso convierte la descripción en su principal retórica. Eco de Guillermo Meneses, el del famoso cuento “La mano junto al muro”, entrecruzando su historia de una muerte cuyo ejecutor es difícil de elucidar. Recurre también a la esquizofrenia como modo de hacer que circule el relato. Mi hijo, Jesús Medina, opina que este cuento convierte el cuerpo en un laberinto. Y me parece justa esa lectura. Ese cuerpo tiene una topología que pliega el tiempo y el espacio. En su presentación cuasi filmica una mano acaricia una pierna, a ratos es sensual, a ratos es tierna. ¿De quién es el cadáver que pareciera posar para una cámara cínica? Como Meneses, Gasca escribe un cuento policial, sin asesino ni criminal claramente identificados. Muchos mitos desfilan: ¿medea?, ¿tiresias?.., quién sabe. Lo cierto es que la ambigüedad reina con desconcierto.

“Ave del paraíso” es un cuento más dado al relato en su vocación anecdotista. La historia abandona la ambigüedad y nos cuenta de cómo el personaje central se dedica a inventar un método para seducir ficheras. Y fingiendo ser un maestro de la pedagogía de la vida, pone en claro las categorías conceptuales. Diferencia con claridad qué es una fichera, y qué lo diferencia de una puta o una mesonera: esa claridad teórica está bien explícita desde el inicio:

No, una fichera no era una puta, había una distancia muy clara entre las dos cosas. Una puta es un lance con garantía, y basta con tener la plata.

...

No, no eran mesoneras. Mesonera es mesonera, como fichera es fichera, como puta es puta. Eso hay que saberlo. Levantar una mesonera es levantar un compromiso, una relación de verdad, para largo.

Estamos aquí, entonces, ante un ficherólogo, experto y con gran conocimiento teórico de su objeto. Es evidente el intertexto del Casanova pícaro. Este cuento se regodea en las anécdotas. Pero el gran homenajeado aquí es un escritor muy querido por Gasca: Marc Twain. Al final uno descubre que el cuento es narrado por un contador al que alguien escucha. De manera que nos asalta la ambigüedad: ¿qué estamos oyendo? ¿A un contador de cuentos o presenciando el gozo asombroso de un interlocutor mudo y feliz que escucha la historia del pícaro experto en ficheras? Como vemos, es el mismo estilo narrativo tan a gusto del escritor norteamericano. La gracia de este cuento es el placer mismo de contar, la frescura como discurre la trama.

La novela inconclusa *Espérame en el cello*, que el autor abandonó porque “se le fue de las manos”, reitera la vocación pastichera del autor. Tan pastichera es, que el mismo Gasca se auto plagia, al utilizar un poema de sus “Cuatro Odas” para relatar la historia del proyecto de hacer circular panfletos contra la dictadura de Baptista, en Cuba. “Oda al viejo volante” tiene un claro parentesco con ese capítulo.

Gasca crea una familia faulkneariana en Cuba, la de los hermanos Rigores, que se va contando casi simultáneamente con la historia folletinesca de dos músicos cubanos que arriban a Margarita para trabajar en una orquesta, que está montando la ópera Tristan e Isolda. Las historias se enroscan. Historias de locuras y despropósitos, personajes signados por destinos rígidos, incapaces de alterar lo que ha sido prefijado, se mixturán para producir un ambiente traagicomico. Una escena en el avión, propiciada por una aeromoza celestina arregla los dados, para favorecer el noviazgo entre Tito e Isabel. Fluyen como es de esperar los tópicos: el camarada malo, el camarada bueno. El fantasma del estalinismo ronda como telón de fondo. No sabemos el desenlace de esta novela fallida, pero sí sabemos que pastichar sigue siendo el verbo que más le place conjugar a Eduardo Gasca.

Culmino este periplo por la obra de Eduardo Gasca, celebrando su entrevero de los clásicos literarios y artísticos con sus clásicos hípicos, como una vez lo celebrara el amigo Dalmiro Durán, porque nos permite ver al maestro que hoy honramos transmutado en poemas, cuentos y ensayos, que lo revelan íntegro, con su sonrisa de cínico tímido, con su entereza revolucionaria, hecha de sabiduría fraguada a punta de un esfuerzo intelectual que jamás ha apagado su humildad. Que muera la consigna, que viva la poesía. Que viva Eduardo Gasca.

Bibliografía

- Araujo, Orlando (1972) *Narrativa Venezolana Contemporánea* (1972),
Chicote, Ingrid (Curadora, 2017). *Todos los versos de Eduardo Gasca*. Inédito
Gasca, Eduardo ((1969). Updike, John *Literatura de la tierra baldía*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
Gerendas Judith (2017) Introducción a los poemas de Eduardo Gasca, en *Todos los versos de Eduardo Gasca*

Lara, Liliana (2018). “La interdiscursividad en “Cuadros con cuatro”, de Eduardo Gasca”. Vea pp.35-44 de este mismo número de *Entreletras*.

Medina, Celso (Editor, 1982). *De antología*. Cumaná: Universidad de Oriente.

Proust, Marcel (2017). *Pastiche et mélanges*. Editado por Bourlapapey, bibliothèque numérique romande www.ebooks-bnr.com

Sartre, Jean-Paul (1963). *¿Qué es la literatura?* Madrid: Editorial Losada.

Sloterdijk, Peter (2005). *Crítica a la razón cínica*. Madrid: Ediciones Ciruela.